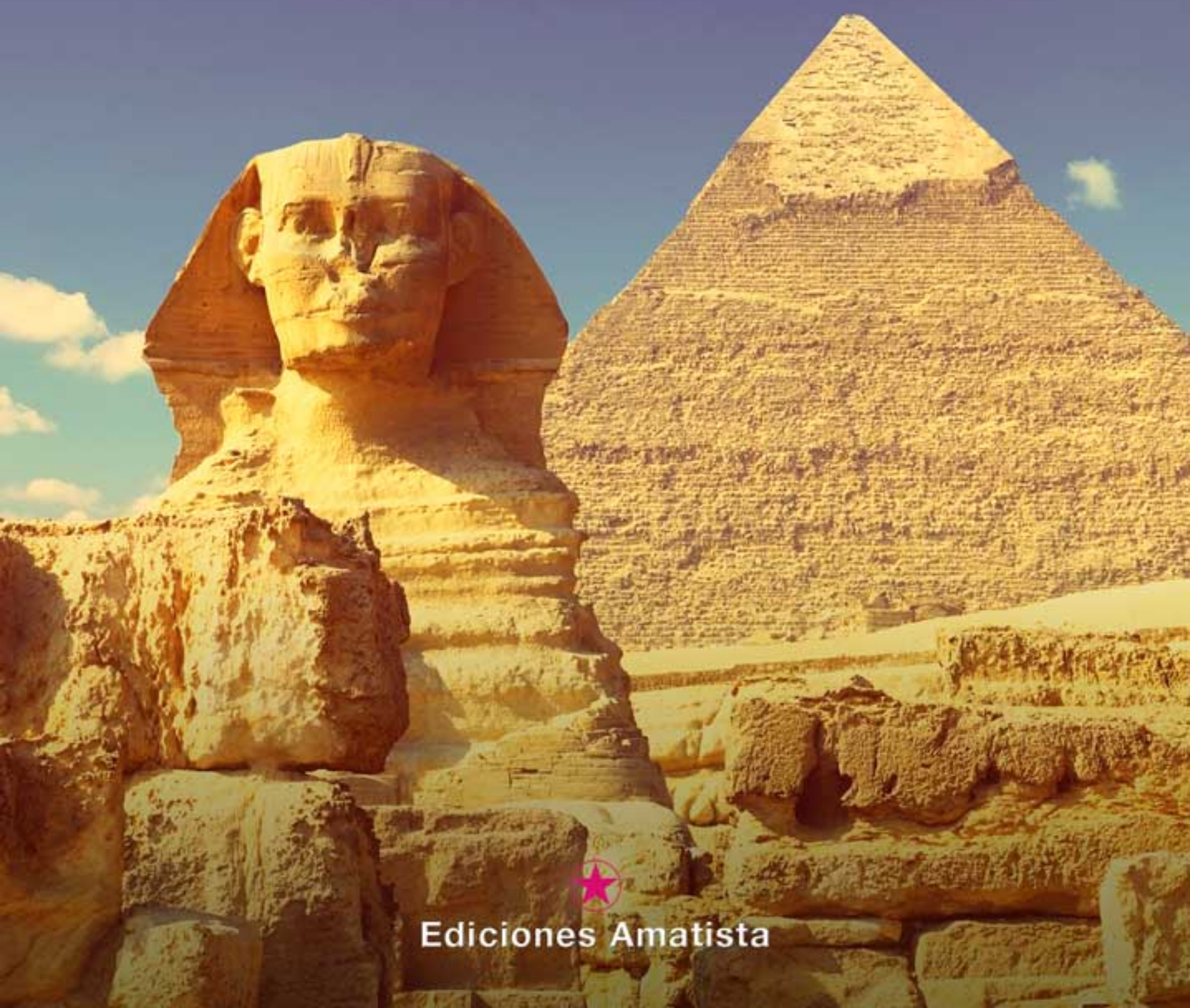


MARIANNA ESCRIBANO

EL HOLOGRAMA DEL

ESPEJO

KRYSTHOS III



Ediciones Amatista

EL HOLOGRAMA DEL ESPEJO

KRYSTHOS III



EDICIONES AMATISTA

EL HOLOGRAMA DEL ESPEJO

Krysthos III

© Marianna Escribano

© 2014 Ediciones Amatista, S.L.

C/ Francisco Martí Mora, 1

07011 Palma. Baleares.

España

www.edicionesamatista.com

info@edicionesamatista.com

Maquetación: Raquel Robles Trigo

ISBN: 978-84-941084-5-7

D.L.: PM 824-2014

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

ÍNDICE

Agradecimientos	11
Prólogo a la segunda edición	13
Nota aclaratoria sobre la identidad del portavoz de KRYSTHOS	17
PRIMERA PARTE	19
El lodo del recuerdo	21
El templo	27
Portomarín	37
Regresión al pasado	47
El aprendizaje	57
El rostro del estanque	61
El esfenoides	65
La presentación en la corte	75
El sello de la inmortalidad	79
Las tablas del conocimiento	87
El desafío	93
SEGUNDA PARTE	105
El vínculo	107
El cofre rojo	113
El Camino de Santiago	119
Homo depredador	129
La cúpula cerebral	139
La fortaleza	149
El despertar	155
Perpetuidad	161
El sacrificio	165
Las campanas de Portomarín	169

Cerebro multidimensional	177
“Okupa” de lugares inexistentes	187
TERCERA PARTE	195
El regreso	197
La huída	209
La tela de araña	213
El holograma proyectado	217
La gran sacerdotisa	225
La llave de la sabiduría	235
La destrucción del átomo primordial	239
¿Dónde está tu cuerpo?	249
La apertura del centro de la galaxia	255
Desde el espejo	263
La carta	271
El último sello	277

ÍNDICE DE CANALIZACIONES

1. El origen embrionario y molecular del cerebro humano: Ensayos y programas	39
2. Cerebro morfológico/anfibio. El principio de la vida a través de las partículas biodegradables del fondo del mar.	50
3. La evolución hacia el cerebro reptiliano y las consecuencias de su destrucción.....	65
4. El Universo y el espacio vacío del esfenoides	109
5. El proyecto humanoide y ruptura con el eslabón evolutivo anterior	126
6. La etapa creativa del cerebro habilidoso y primeras manifestaciones	133
7. El cerebro emocional. Ajuste y perfeccionamiento del proyecto	135
8. El cerebro holístico y planificador	142
9. Mutaciones y autonomía en el final del proyecto: Inmortalidad en el planeta Tierra	145
10. La última venida del hijo del hombre	170
11. El Tercer Sello y la Trinidad	181
12. La venida de otras civilizaciones	191
13. La apertura del último sello	203
14. El Holograma del Espejo	219
15. El proyecto espejo	221
16. Los tres pasos iniciáticos para alcanzar el final del proyecto	235
17. La venida de tecnología al planeta	237

18. La descomposición de las moléculas expuestas a fricción por el recalentamiento del planeta Tierra	239
19. La destrucción del átomo primordial	242
20. La emanación del centro de la galaxia	257
21. La apertura de la estrella de David	277
22. La conciencia	287

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Es una satisfacción poder presentar esta segunda edición de *El Holograma del Espejo* con la misma editorial, facilitando con ello el acceso a los lectores y seguidores de los mensaje del portavoz de Krysthos.

El presente libro habla de una historia entrecruzada entre el recuerdo y la realidad. Una historia encadenada que comienza en el primer libro, *A solas con ellos*, manteniendo toda la intriga hasta el desenlace y un suspense progresivo desde el inicio hasta culminar en este ejemplar. Muestra los acontecimientos desde la periferia hasta irse introduciendo en ella, a través de las situaciones y episodios más representativos, sin descifrar nada. Son eslabones que se enlazan hasta componer un tejido compacto.

Entre estas páginas desvelo un vínculo azaroso entre el pasado y el futuro, que se engrana con el presente. Una coyuntura construida sobre hechos y sucesos actuales.

Lo acontecido emerge como un caleidoscopio que proyecta miles de prismas, donde la fragmentación sincrónica de sus colores ilumina el infinito, transformándolo en un reducto repleto de posibilidades.

Todo comenzó, exactamente, el último día de clase del tercer módulo de “Terapia de vidas pasadas” que realizaba con el doctor José Luis Cabouli. Habíamos pasado por muchas experiencias en cursos anteriores y estábamos en la recta final de la formación. El sorteo decidió que fuese yo de las últimas en

realizar la regresión. Ante la perplejidad de todos los asistentes, en esa experiencia apareció el principio de una inverosímil historia, situada en el antiguo Egipto. Una vida inquietante que enlazaba con situaciones actuales y que me provocó la curiosidad de seguir investigando sobre ello.

Pasaron meses desde ese día hasta que decidí rescatar toda la información posible, ayudada por un amigo terapeuta.

Comenzamos a investigar, descifrando los pequeños detalles que afloraban durante la regresión hasta el punto de llegar a revivir todas las sensaciones tal y como las percibo en la vida presente. Podía sentir el penetrante olor de los perfumes y aceites que me envolvían, el calor sofocante del desierto, la brisa pegajosa cargada de matices inexplicables, la tristeza de muchas situaciones, el llanto, el miedo... Cientos de evocaciones, almacenadas en el recuerdo, que emergían de forma incontrolada, dándome la oportunidad de recuperarlas para convertirlas en un relato albergado en una existencia pasada. A medida que recordaba, se enlazaban situaciones pasadas con acontecimientos presentes y surgía una compleja tela de araña, entretejida entre las dos vidas, hasta desvelar el enigma que las une en la actualidad, a través de las extraordinarias revelaciones del emisario de Krysthos, parte excepcional del contenido de este libro, recomponiendo las piezas necesarias para abrir la puerta del misterio.

Algunos pensaréis que esta historia es fruto de la imaginación, pero presiento que se acomodará en vuestros registros más frágiles hasta perpetuarse.

El contenido de estas páginas va dirigido a las personas que caminan por el sendero de la vida explorando situaciones sin márgenes ni límites y, muy especialmente, a quienes contemplan los amaneceres con tristeza por dejar de ver las estrellas. Para todos los que viven con la piel y los sueños, y piensan que el puente de la existencia es un misterio. Os invito a encontrar la llave que hay detrás de esta historia y, con ella, abrir el espacio de lo imposible.

Si no tienes miedo a volar, si deseas escapar de tu vida cotidiana aposentada en un recodo del camino, no dejes de leer las páginas de este libro, ya que te acercarán a una experiencia única y transgresora que cambiará el horizonte de tu mirada interior.

En lo que hace referencia al contenido de las canalizaciones, he transcrito miméticamente cada palabra, sin omitir o añadir nada. Es algo que me precisó muy claramente, desde un principio, el emisario de Krysthos.

NOTA ACLARATORIA SOBRE LA IDENTIDAD DEL PORTAVOZ DE KRYSTHOS

Debido a las falsas informaciones, publicada a través de diferentes portales de Internet, sobre el portavoz de Krysthos, donde algunos internautas han seleccionado mensajes y copiado literalmente, introduciéndolos en diferentes portales sin mi autorización, con la definición de “El maestro ascendido Merkurios”, manifiesto lo siguiente:

El nombre de Merkurios, atribuido al portavoz, fue generado después de preguntarle cómo debería llamarle. El emisario indicó que podría hacerlo con el nombre que deseara. Pactamos el nombre de Merkurios y así lo menciono a partir del segundo libro. Añadir que nunca se ha manifestado como un maestro ascendido.

A los lectores que estén interesadas en obtener el testimonio verídico de los mensajes, o cualquier otra información, les invito a que se dirijan al siguiente enlace:

www.krysthos.org

PRIMERA PARTE

EL LODO DEL RECUERDO

Desde mi niñez los amaneceres no consiguieron mitigar la sinuosa melancolía del recuerdo. Sabía, y sé, que el amanecer no existe. Tan solo es un espejismo provocado por el reflejo del sol sobre el horizonte.

Así, desde la incredulidad de mis pensamientos, comencé a caminar hace muchos años con la esperanza de encontrar ese recodo donde guarecerme, o seguir caminando hasta el final, dejándome llevar por el caleidoscopio de la nostalgia, hasta conseguir elaborar una historia que tuviera sentido.

Recuerdo que nací hace más de cuatro mil años. Hija de una familia importante, tal vez con poder político y religioso. Teníamos esclavos a nuestro servicio y presiento que muchas riquezas acumuladas. Lo intuyo por los recuerdos y las estancias donde habitaba, rodeada de lujos y sabores inexplicables desde mi niñez.

En muchas alboradas accedía a los resquicios de la ventana de mis aposentos, subiéndome encima de una banqueta, situada a una altura suficiente como para poder contemplar un amplio horizonte. Estaba cubierta por una sinuosa cortina transparente, y desde allí contemplaba un hermoso río tranquilo. Un caudal de colores entremezclados que se mecían desde el rojizo y polvoriento suelo que teñía sus cauces, hasta el azul diáfano y limpio de sus aguas. Una corriente potente y sinuosa que arrasaba y destruía todo lo que inundaba a su paso, provocando que el destino

de la tierra húmeda por la inundación emergiera como un iceberg, favoreciendo la vida en sus orillas y la esperanza de sus habitantes. Ese lodo era como una señal del cielo que permitía subsistir en los momentos de miseria y falta de recursos de los habitantes de la zona.

Desde esa ventana contemplaba un paisaje que se hizo familiar a lo largo de mi niñez. Aparecían grandes espacios, como plazas o lugares de paso, rodeados de construcciones realizadas con materiales del lugar. Eran piezas de barro muy grandes, semejantes a bloques de piedra. Tal vez fuese una amalgama de adobe y algo más. Algunas viviendas tenían más de dos plantas.

Me abstraía en la contemplación de esas construcciones y el ajetreo de sus habitantes por los entramados y polvorientos lugares. Pero eso estaba en la lejanía, al otro lado del río, y casi no alcanzaba a percibirlo plenamente.

Mi casa estaba rodeada de un gran patio de entrada, bordeada de flores y plantas. El gorgoteo de una enorme fuente, donde bebían animales, y el sonido del caminar de algunos de ellos pasando por delante de mi ventana, emergían hasta hacerme llegar su presencia a través de los olores macerados por un polvoriento camino repleto de plantaciones diversas.

En mis aposentos, la única compañía que recuerdo era la de una mujer joven. Deduje que era esclava por su comportamiento. Ella me atendía y ayudaba en los quehaceres diarios. No puedo saber su nombre, tan solo puedo alcanzar a recordar su rostro con detalle: enjuto y con tez muy morena. También recuerdo su forma de caminar, sus caricias y desvelos. Le pondré un nombre para hablar de ella, al igual que hago con todos los personajes que recuerdo. Me aparece mentalmente el nombre de Agnes. Así la nombraré a lo largo de los extraordinarios sucesos que compartimos juntas, en un largo periodo de esa vida.

Al despertar, ella me arropaba con cariño cada mañana, sumergiéndome en un baño de pétalos de flores, donde las aguas aparecían teñidas, desprendiendo exóticos perfumes. Un mundo

sutil, repleto de sensaciones que acariciaba lentamente a la vez que rescataba cauces nuevos para explorar.

Agnes cubría, secaba y ungía mi cuerpo con aceites de intensos aromas, abriendo registros sensoriales que, unidos a otras experiencias, hicieron posible mi transformación que, en esos momentos, todavía estaba por emerger.

Cuando me vestía, la ropa apretaba mi cuerpo, dejándolo tremendamente rígido en la zona de la cintura. La parte superior me aprisionaba, mientras que las piernas flotaban en gasas y sedas que se mecían al viento. Los pies, casi desnudos, se desplazaban por los senderos sinuosos de las estancias de la lujosa mansión.

Además de Agnes, tenía una familia y un padre poderoso, ajeno, extraño e inaccesible. Nunca pude hablar con él en esa época. Me decían que estaba en los aposentos del Faraón, por tener un alto cargo. Entonces no sabía ni entendía esa situación de ausencia. Ahora comprendo que todo era natural, ya que su vida transcurría al margen de la familia al ser consejero en la corte, además de mediador entre los extranjeros y los cortesanos del país.

Presentía que era un hombre sabio. Más tarde pude comprobar cómo esa cualidad era gratamente reconocida. Todos lo respetaban, valoraban y deseaban su cercanía, menos yo, que a mi corta edad no acertaba a entender cómo mi única compañía era mi esclava. No sabía ni entendía la razón de que viviera en la misma casa y no pudiese acceder a su presencia. Tampoco compartía nada con mi madre y mis hermanos.

Recuerdo a tres jóvenes muy altos, que supongo que eran mis hermanos, vestidos con una túnica apretada junto al pecho y unas cintas anchas, ajustando el torso, de color amarillo oscuro. Ellos eran mayores y sus actividades se centraban fuera de nuestra casa.

Así transcurrió parte de mi infancia, entre el desapego de mis padres y la compañía de Agnes.

Una noche calurosa y con un fuerte viento que azotaba toda la casa, me sumergí en una terrible enfermedad. Mi piel

abrasaba y el sonido del fuerte viento retumbaba en el interior de mis oídos, lacerados por el dolor. Abrí los ojos, en un instante de lucidez, y contemplé por primera vez a mi padre en la cabecera de la cama. A su lado, mi madre y dos hombres que desconocía.

Uno de esos hombres tomó la parte superior de mi cabeza, mientras el otro ataba una cinta rígida, de metal, a su alrededor. El contacto con esa sensación hizo que me estremeciera en una sacudida provocada por un fuerte dolor en la zona de la frente y una extraña vibración, que permaneció durante unos segundos, martilleando todo mi cuerpo. Sentía que me estaba muriendo y que, tal vez, esa era una señal.

Me dijeron que abriera los ojos y al hacerlo contemplé a tres seres de color blanco brillante que rodeaban mi cama. Me indicaron que mirase a una gran bola de luz que estaba encima de mi cabeza. Debía abrir bien los ojos para contemplarla, lo que suponía un gran esfuerzo al estar encima de mi frente. Lo hice, y esa luz penetró como un rayo hasta dejarme sin sentido.

Desperté y, al abrir los ojos, mi madre y Agnes me estaban ungiendo con un desagradable ungüento por todo el cuerpo. Mi madre se acercó a mi oído diciendo:

—Tuviste un sueño.

—¿Un sueño? ¿Todo fue un sueño? —respondí asombrada, con una mirada interrogante.

Agnes me miraba con estupor y asombro.

Pasaron varios días desde ese «sueño» tan fantástico y pregunté a Agnes sin obtener respuesta de lo sucedido.

—Fue tu padre, tu padre te curó.

Se ausentó antes de poder hacer más preguntas.

Desde ese día no recuerdo nada relevante. Creo que pasaron algunos años hasta que el destino hizo que tuviese otro encuentro con mi padre.

Estaba sentada al lado de un enorme ventanal, el que solía utilizar para contemplar el inmenso río que compartió conmigo toda mi niñez, apoyada sobre unos cojines de color azul oscuro con borlas doradas, mientras la cortina se mecía al viento, dejando

entrar una brisa sofocantemente calurosa. Ya estaba acostumbrada a esa sensación de calidez en mi habitación. También percibía el olor de un pegajoso perfume, muy penetrante, meciéndose entre las ropas que llevaba sobre mi cuerpo, sin olvidar mi cabello y los acicalados que me obligaban a llevar. Ese día me dolía la cabeza por sentirme prisionera entre los ungüentos y la rigidez del peinado.

Cuando intentaba aflojar la tensión que me producían los afeites, mi padre accedió a través de una cortina que separaba la estancia del exterior. Tras él apareció un hombre pequeño con un cofre entre las manos. Tuve la impresión de que guardaban un hermético secreto entre los dos. Siempre tuve presagios de cosas que sucedían y nunca me equivocaba.

Una rápida pirueta, al ver a mi padre, me introdujo entre sus brazos, que abrió efusivamente, abrazándome con nostalgia. Sentí que me amaba, y por ello no entendía sus ausencias. Tocándome la cara me dijo que era muy bella. Acarició mis ojos y los beso, uno a uno, varias veces. Después me besó la frente suavemente.

No recordaba sus ojos. Ahora, al tenerlos cerca, contemplaba una mirada enigmática, transparente, seductora y llena de amor. Me sentía feliz al acercarme a su mirada. Así estuvimos unos minutos, sin mediar palabra. Mirándonos fijamente, interrogándonos. Descubrí que entre mi padre y yo existía algo muy especial, algo que ignoraba, pero presentía. Años más tarde se confirmó el presagio de esta complicidad que afloraba de forma inconsciente. También comencé a comprender la importancia de su trabajo y la necesidad de hacerme cómplice de su sabiduría.

Tal vez tuviera unos ocho años, delgada y muy esbelta para mi edad. Creo que era hermosa. Así me lo dijo mi padre varias veces, mientras que su mirada lo reafirmaba. Puedo pensar que le sorprendí muy gratamente después de tanto tiempo.

Después de hacerme varias preguntas sobre mis estudios, invitó al acompañante a que me entregara ese cofre que llevaba entre las manos.

—Toma, es para ti.

Alargando su mano me invitó a recogerlo. Era un cofre oscuro y ancho, con una abertura que se prolongaba en los bordes, cubierta por una seda transparente de color azul oscuro que aparté con verdadera ansiedad, a la vez que sentía una tremenda emoción al ser el primer obsequio que recibía de mi padre. Sin poderlo evitar, las lágrimas se deslizaron por mis mejillas silenciosamente.

Introduje mi mano en el cofre y saqué de su interior una especie de diadema. Recuerdo, más o menos, un sello dorado. En su centro había una grabación realizada muy profundamente. Quiero decir que había una fuerte hendidura en el metal, semejante a un círculo y una serpiente entrelazada. No recuerdo con claridad. Pienso que tenía un importante significado.

Me invitó a ponérmela alrededor de la frente.

—Este sello te invita a la sabiduría.

Manifestó que debería llevarla puesta todos los días de luna nueva hasta que comenzara a menguar. Entonces, debería guardarla de nuevo en el cofre.

Depositó su mirada lentamente sobre mis ojos, como una caricia, mientras besaba mis manos temblorosas, diciéndome que vendría a buscarme cuando llegara el momento.

EL TEMPLO

Soledad y aislamiento son las únicas palabras que definen esta etapa, dejando un sabor agrisado en el recuerdo.

Estaba rodeada de niñas de mi edad, aunque no soy consciente de dónde estoy ni cuál es el motivo de ello.

Contemplo mi entorno y veo luz por unas aberturas al exterior, parecidas a ventanas, estrechas y muy altas. Accesos que permiten la iluminación de un espacio circular, o tal vez ovalado. No lo percibo bien, pero no tiene ángulos. Del techo cuelgan lámparas de aceite. Está muy oscuro y sucio. Me obligan a escuchar lo que dicen los maestros, sentada sobre una banqueta. Ante mis rodillas hay una especie de tablilla rectangular que descansa sobre una losa. Hace calor y no hay demasiada luz. Me siento incómoda en esa postura y deseo marchar de allí, pero no puedo hacerlo.

El silencio es sepulcral y absoluto. Solo recuerdo el crujir de los pasos de alguien que se acerca. Miro a mi alrededor y contemplo a un hombre delgado y alto. Lleva una especie de gorro que se prolonga como una estola por las mejillas hasta la altura del pecho. Es el instructor o maestro.

Pasé mucho tiempo en ese lugar, creo que algunos años. Fui recordando, poco a poco, hasta saber que estaba recluida con otras niñas en una especie de templo. Me decían que era una elegida por estar allí, aunque yo me sentía mal y con deseos de ausentarme de ese lugar, al estar sometida a rígidas disciplinas, unido al silencio y la falta de compañía.

Aprendí a escribir sobre unas tablas, grabando signos caligráficos con una especie de cincel. Me decían que eran muy importantes. También descubrí que pocas personas sabían hacerlo y que solo tenían acceso algunas niñas privilegiadas. Había un maestro que me enseñaba minuciosamente, debiendo repetir y repetir los signos hasta hacerlos bien. Paralelamente, me enseñaban a cincelar otras tablas que aprendí a descifrar fácilmente y que mostraban costumbres y hechos relevantes de la historia de ese lugar.

El significado de los signos los desconocía en aquellos momentos. Mi trabajo se limitaba a copiar fielmente todo lo que me mostraban y a utilizar el cincel con maestría.

Había muchos escribientes, ellos eran expertos en esta materia. Los símbolos que imprimían en las tablillas eran diferentes a los míos.

Tengo presentes tres tablillas como las más importantes. Las imprimí con el cincel cientos de veces, con mucho esmero, hasta que quedaron perfectas. No podría olvidarlas fácilmente. Siempre repetían lo importantes que eran, debiéndolas grabar en mi memoria. Ahí estaba lo esencial de la sabiduría.

Jugaba en el patio con las otras niñas. Nos daban bolas que tirábamos por el suelo en una especie de estrategia parecida a la petanca. También cantábamos y hacíamos ceremonias extrañas que nos enseñaba el sacerdote.

No vi a mi padre ni a mi familia en mucho tiempo. Lo más doloroso era no tener a Agnes a mi lado. La encontraba mucho a faltar al haber sido mi única compañía desde siempre. Añoraba sus caricias, su amor y su complicidad de los años pasados, entre la soledad de mis aposentos. Rememorando esa etapa, aparecía en mi mente el ventanal por el que me asomaba y contemplaba ese paisaje inolvidable del río en la lejanía. El horizonte polvoriento y los perfumes de la estancia al sumergirme en los baños matinales que realizaba mi amada Agnes. Todo ello me llenaba de nostalgia. La añoraba profundamente y deseaba verla de nuevo. Creo que lloré por ella muchas veces, por no tenerla a mi lado.

Ahora estaba sin ella y dormía en una estancia extremadamente grande con el resto de las niñas. Seríamos unas veinte, más o menos.

Sentía mucha soledad y desconcierto. No entendía por qué motivo mis padres decidieron traerme a este lugar sin preguntarme, sin saber si lo deseaba. Suponía que se habían desprendido de mi presencia por algún motivo que ignoraba y sin previo aviso. Recuerdo ese día con desasosiego. Vinieron a buscarme unos hombres, ante la mirada impasible de mi madre y la tristeza de Agnes, llevándome con un carruaje a hombros de los esclavos hasta la entrada del templo. Nadie me acompañó. Tampoco me dieron explicaciones. Simplemente, me sacaron de mi casa y de la compañía de Agnes para dejarme en este lugar que, en aquellos momentos, me parecía lo peor que podía pasarme.

Cada día preguntaba dónde estaba mi familia y por qué estaba allí, alejada de mi entorno, sin obtener respuesta. De repente, como todo lo que me sucedía en esa época, me llamaron urgentemente cuando estaba trabajando sobre una de esas tablillas. Era ese hombre alto de la estola. Parecía muy alterado. Movi6 su mano, invitándome a que me acercase. Le acompañaban dos amas, cuidadoras de las niñas, vestidas con ropa larga hasta los pies y cintas cruzadas por el pelo. Una vez a su lado, las mujeres me tomaron de la mano para trasladarme a otra estancia.

Durante el recorrido, una de ellas me susurró que estaban contentas con mi comportamiento, que era digna hija de mi padre y que debía estar orgullosa del aprendizaje. Aparece un espacio circular donde una mujer, bastante alta y delgada, me dice que se acerca el momento y que debo estar preparada. Realmente no sabía qué intentaba decir con esas palabras; más tarde supe el significado, pero forma parte de algo que sucedió más adelante y que relataré detalladamente. Después, me indica que salga al exterior, ya que alguien me está esperando. Salí corriendo hacia el patio que rodeaba la estancia con un leve presentimiento. Allí estaba, de nuevo, mi padre.

Al verlo sentí una gran alegría. También deseos de preguntarle, incluso de exigirle que me sacara de allí. Supongo que mi padre lo entendió ya que me abrazaba fuertemente contra su pecho, mientras yo no paraba de llorar, hasta elevar el llanto en gemidos y gritos, repletos de desconsuelo y reproches. Necesitaba hacerle saber lo que me estaba sucediendo.

Poco a poco me fui tranquilizando. Al verme tan alterada, me invitó a sentarnos en una zona del patio, consolándome a la vez que intentaba darme algunas explicaciones que justificaban esa situación. Al final me preguntó dónde estaba la diadema.

¿La diadema? ¿La diadema que me regaló hace años?

¡No tenía ni idea de dónde podría estar! Tuve que marchar apresuradamente, de un día para otro.

Me dijo que no había cumplido lo que debía, lo prometido: llevarla puesta los días de luna creciente.

Sentí que se me helaban las venas. ¿Cómo podía decirme eso con todo lo que estaba pasando? Lloraba desconsoladamente.

Mi padre no flaqueaba con el tema de la diadema, hasta que me obligó a dejar de llorar.

Marchó enfadado. Serio. Sin explicaciones y dando órdenes a las mujeres que estaban allí.

Me sentía terriblemente triste desde la marcha de mi padre, hasta que ocurrió algo que me llenó de verdadera alegría.

Una mañana me desperté con una leve sensación de suavidad en todo mi cuerpo. Abrí los ojos y, a mi lado, como un ángel de salvación, estaba Agnes. Al vernos de nuevo juntas, nos abrazamos llorando.

Recuerdo que contaba miles de cosas, a la vez que le preguntaba sobre mi aprendizaje. Pero lo más importante fue cuando me dijo que mi padre había ordenado trasladarme a otro lugar y que sería muy pronto.

De nuevo la tristeza se instaló en mi alma.

Realmente era cierto. Tal vez pasaron pocas semanas cuando me vinieron a buscar sin darme explicaciones.